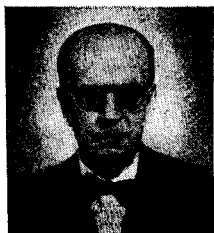


# EL HORNERO

*Furnarius rufus rufus*

EL AVE NACIONAL ARGENTINA

Por JORGE CASARES



Jorge Casares

*Ex Presidente de la Asociación Ornitológica del Plata, y socio conspicuo, el Dr. Jorge Casares es, además, uno de los cien miembros del International Ornithological Committee, y Delegado Concurrente a los Congresos Ornitológicos Internacionales de Copenhague, 1926; Amsterdam, 1930; y Basilea, 1954. El presente artículo, del cual es autor, fue publicado por primera vez en el diario "La Razón", de Buenos Aires, en el año 1928. Hemos creído conveniente volver a publicar este hermoso trabajo, en homenaje al ave nacional de los argentinos.*

El hornero es el ave de los argentinos. La misma tierra los sustenta, el mismo cielo los cobija, el mismo amor a la patria los vincula.

Es el pájaro cuyo canto resuena desde Jujuy a los confines de la Patagonia. En todas las provincias es popular y conocido.

Su nacionalismo es tan definido que su centro puede marcarse en la Capital Federal —con el delta próximo— para de allí extenderse a todos los ámbitos de la República. Si ensancha sus dominios será para llegar a los límites del antiguo virreinato del Río de la Plata, sin más variantes que adornarse con un copete en las sierras cordobesas y enrojecer al acercarse al trópico. Tan genuina es su estirpe, que la vasta familia a que pertenece (Furnáridos) se caracteriza por ser típicamente latinoamericana.

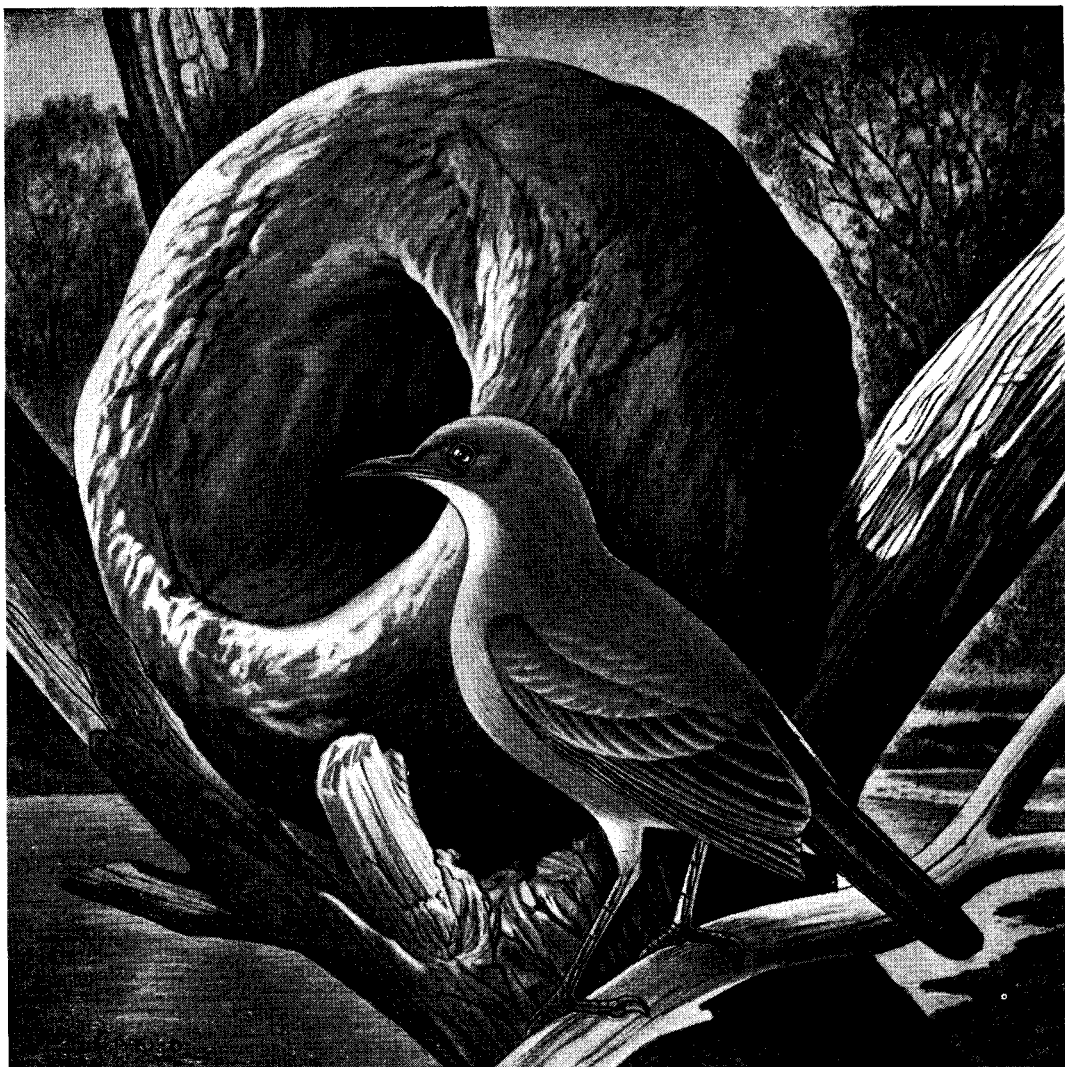
En la nomenclatura científica figura con el primer nombre de "Hornero de Buenos Aires" (Fournier de Buenos Aires" Daubenton). El venerable Buffon, en una somera referencia, dice: "se le encuentra en Buenos Aires" (Hist. Nat. Oiseaux, tomo VII, 1779). Commerson, naturalista de las expediciones de Bougainville, lo observó en la Ensenada de Barragán (1767), y fue quien mandó a Europa los primeros datos. Azara lo describe. Hudson estudia sus costumbres y le profesa "supersticiosa admiración". Sarmiento confiesa que "lo quiere". El tratadista Boubier lo denomina el "hornero des argentins".

Para todos los argentinos es por exce-

lencia familiar y amigo. Lo tenemos de animado vecino en el lugar donde habitamos, y al recorrer el país, su hornito lo veremos, de tanto en tanto, en los postes del telégrafo, estará a nuestro paso en la tranquera, en el paraíso que sombrea el palenque y en la cornisa de la casa que nos recibe.

Cuando en épocas pasadas el colono se internaba en la pampa, para sembrar las primeras semillas, y levantaba su rancho de paja y barro, el hornero le seguía, y en el tala cercano, también él, construía su horno de barro y paja. Compañeros de soledad y de avanzada, uno y otro preparaban en el otoño su refugio para el invierno. Y el canto del pájaro, como una diana, anunciaba la hora del trabajo; la algazara de sus trinos alegraba las rudas vigilias de la lucha y el chirriar inquietante y bélico daba la alarma por la ronda de la alimaña.

Pero su afecto al hombre, por igual lo lleva a buscar su compañía en el suburbio industrial y en el centro ruidoso y cosmopolita; en la plaza San Martín, no lejos del puerto enorme por donde se expande la riqueza argentina hacia todos los rumbos, cerca de la estación del Retiro, de donde irradian rieles que van más allá de las fronteras, junto al Museo de Bellas Artes y a los palacios de los poderosos, el hornero, en otro tiempo campesino, se ha hecho ciudadano, y en la tipa que extiende sus frondas sobre el pequeño lago, ha instalado su casita, a pocos metros de la estatua de nuestro libertador, quien pa-



El Hornero (*Furnarius rufus rufus*)

Dibujo de S. Magno

rece apuntarla con el dedo de bronce.

El hornero tiene patriótico apego a la tierra donde vio la luz. Está satisfecho con ella: no emigra ni viaja. Muere en el mismo rincón donde ha nacido.

Cuando entra en la edad núbil, busca una compañera y se une a ella por la vida. Juntos corretean, juntos construyen el nido; si se alejan momentáneamente, por la ley de sus quehaceres, la reunión la celebran con dúos entusiastas que estremecen su cuerpo y sus alas; y si la ausencia se prolonga más de lo esperado, se llaman con angustia: salen de su aislamiento sólo para entonar coros, en ruedas bulliciosas, con los horneros del mismo barrio.

Incuban por turno los huevos —comúnmente cinco, blancos y alargados— y ambos se ocupan de alimentar a sus polluelos con los insectos que toman con preferencia de la tierra.

La prole bullanguera, apenas despuntan las plumas, se agita en pídidos turbulentos, dentro del mullido y seguro albergue. Cuando completan su equipo salen en compañía de sus padres, a quienes no abandonan por varios meses. Al llegar la hora de vivir su vida, se marchan en busca del amor y los viejos quedan, unidos siempre, preparando el nuevo nido para

*Continúa en la pág. 12*

la postura del año siguiente; cantando sin cesar, porque el hornero, a diferencia de tantos otros de sus colegas, canta en todas las estaciones.

Su actividad es constante. Apenas comienza el desperezar matutino de los otros pájaros cuando el hornero irrumpe, por la puertecita de su casa, con estruendoso clamoreo, dando la señal a todo el monte de que el sol asoma y el rocío titila.

Con el alba planea de la rama al suelo y sobre sus patitas, conformadas para caminar en planicie, se pasea, airco, por el patio de la estancia, erguida la cabeza, que avanza a compás, vivo el ojo, agudo el pico, levantando el pecho, ligero el andar, que interrumpe al suspender en el aire una de sus garritas, para continuar luego en pasos menudos alternando en arrogancia, majestad y gracia.

La sobriedad de su traje democrático cuadra a los tiempos que corren y al país en que vive. Nada de extravagancias en la forma y coloración del plumaje: domina el tinte rojizo (ladrillo, propio de albañil), el pecho es color de arena, pico y tarsos de acero. Y ahí termina la simplicidad, y elegancia, de su atavío.

El hornero, entre las aves, representa el genio arquitectónico en su más alta expresión. Su nido, prodigio de la naturaleza, es la obra individual más desconcertante. La realiza con firme tenacidad. Cuando un accidente la destruye, la comienza de nuevo y si el caso se repite por una circunstancia insalvable, corrige la

ubicación. Planta su hogar en plena luz, la entrada frente al camino, no lo oculta en la espesura del bosque, queda a la vista y al alcance de todos porque de nadie ni de nada teme; para defenderse de sus inferiores le basta su ingenio; del superior, su amigo el hombre, tiene el respeto que inspira la utilidad de sus hábitos.

La preparación y composición del barro, con los diversos ingredientes que le agrega, la elección del sitio para colocar su horno, la construcción solidísima y perfecta, la concepción total del edificio, su distribución sapientísima, con puerta principal, antecámara, segunda puerta, colocada en altura, dirección y tamaño que no permite la agresión del viento, ni el acceso de ningún animal que aventaje en volumen a sus moradores. todo este milagro surge de un diminuto cerebro que sólo cuenta como herramientas, para realizarlo, con un pico y dos patitas.

Por eso la leyenda gaucha atribuye al hornero inspiraciones divinas y sentimientos religiosos que le prescriben reposo los domingos. Y por eso también nuestros indios, con respetuosa veneración no lo cazaban jamás, sobrecoídos ante un ejemplo de vivienda que ellos no pudieron alcanzar.

Como símbolo es completo, encarna y resume: trabajo, inteligencia, industria, fidelidad conyugal, alegría, mansedumbre, tenacidad, patriotismo...

El hornero es el ave de los argentinos.  
El hornero es el ave de la patria.

## CLASIFICACION Y NOMENCLATURA *Continuación de la pág. 4*

birán siempre con inicial mayúscula, y los de las especies y subespecies siempre con minúsculas. Los nombres de géneros, especies y subespecies que se publiquen en trabajos impresos, en libros o revistas, deben ir con letras bastardillas o negritas, para distinguirlas del texto común.

4. LEY DE PRIORIDAD. El nombre genérico y específico de un ave debe ser el propuesto por Linneo en 1758, o el primero propuesto después de esa fecha.
5. El autor de un nombre es quien primero lo publicó, conjuntamente con

una adecuada descripción del animal. El nombre del autor se coloca a continuación del nombre científico del ave, sin puntuación y con letras igual al texto común (no bastardilla ni negrita). Cuando la especie ha sido pasada a otro género del que fue descrito primeramente, entonces el nombre del autor debe escribirse entre paréntesis. Ejemplo: El Pirincho.

*Cuculus guira* Gmelin  
*Guira guira* (Gmelin).

Esto indica que el Pirincho fue descrito primeramente para un género distinto del que está colocado actualmente.